

Título del original en inglés: *Collected Papers*
© 1989 by Dulwich Centre Publications

Traducción: Alcira Bixio

Primera edición, Marzo de 1994, Barcelona.

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© by Editorial Gedisa, S. A.
Muntaner, 460, entlo., 1.ª
Tel. 201 60 00
08006 - Barcelona, España

ISBN: 84-7432-475-0
Depósito legal: B. 8.960/1994

Impreso en Libergraf
Constitució, 19 - 08014 Barcelona

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.

Índice

INTRODUCCIÓN	13
1. El cuento de la gatita Dory	17
2. Una buena revolución merece otra	21
3. ¿Sofocar el problema o encontrarle una solución?	40
4. David Epston: "Una reflexión"	45
5. En recuerdo de Hatu (Hayden) Barlow (1973-1985), Cynthia Barlow, David Epston, Mike Murphy, Lynn O'Flaherty y Louise Webster	50
6. ¿Eres un candidato para entrenarte en karate mental?, David Epston y Ben Cole	80
7. Vigilancia nocturna. Tratamiento de los temores de la noche	84
8. Perdedor en casa y ganador fuera de casa	107
9. Contrasueños	110
10. ¿Competencia o cooperación?	120
11. Entrevista con David Epston	125
12. Algunos casos de rechazo escolar	131
13. ¿No crees que deberías hacer una reserva?	137
14. Crecer es una decisión seria que no puede tomarse a la ligera	142
15. Dos historias paralelas	145
16. Usted nunca nos dijo que éramos malos padres	151
17. La familia que cargaba con una maldición	155
18. Un intercambio justo	158

Discurso de bienvenida*

Mientras preparaba este discurso, que me llevó cierto tiempo, consulté la bibliografía académica sobre el humorismo, hasta que me topé con un estudio de Flying Circus de Monty Python. Al ser nombrado rector de la Universidad de St. Andrew en 1971, John Cleese comenzó su primer discurso ante el cuerpo de estudiantes allí congregado del siguiente modo: "El humorismo es la materia más exquisitamente insulsa y más pasmosamente carente de interés conocida por el hombre, materia de la que no queda excluida la ley de bienes raíces". Cleese continuó luego con una disertación en favor de la cobardía como estilo de vida (Wilmot, 1980). Comprendo esto último. Generalmente mantengo una guerra conmigo mismo: ¿debo o no convertirme en amo de mis miedos? ¿Debo ocupar el asiento del conductor de mis miedos o, por el contrario, debo dejarme llevar por mis sentimientos? El tiempo dirá si obtengo una victoria.¹

En realidad, estoy esperando ansiosamente escuchar lo que voy a decir. Y no creo que pueda saber a ciencia cierta qué diré hasta que la prueba haya terminado. Tengo la inquietante sospecha de que elegí un tema equivocado y de que mis predecesores, Brian y Florence, ya utilizaron todas las metáforas y que yo me veré obligado a obrar de manera subterránea.

Este discurso me ha incomodado desde el momento mismo en que recibí la invitación, hace diez meses. Realmente, nunca pensé en las corrientes que se mezclan y no estoy seguro de haber mantenido un curso inalterado. A veces oscilo brutalmente entre la presunción y la honestidad y finalmente me decido por esta última y le prometo a Ann, mi mujer, que sería incapaz de atacar a nadie con una epistemología letal. He abordado este asunto de un modo desvergonzadamente narcisista. Pero puedo salir en mi defen-

Cuarta Conferencia Australiana sobre Terapia Familiar. Brisbane, 24 de septiembre de 1983.

*Publicado en *Australian Journal of Family Therapy*, 5, 1, 1984, págs. 11-16.

sa señalando que si Brian se ocupó de Australia, Florence del escenario internacional, si yo me limito a la esfera de Nueva Zelanda, sólo despertaré el interés de mis dieciséis compatriotas, los cuales están todos aquí.

Con todo, no llegué a ningún punto seguro mientras preparaba este discurso hasta que aproveché la experiencia de la Escuela de Verano de Williams Road en 1983. Moshe me sugirió que lo hiciera. En un taller que desarrollé allí, les pedí a los participantes que me explicaran mi propio trabajo. Ellos no tenían idea de que yo estaba acopiando material para este discurso. Después de todo, yo no estaba representando ninguna corriente que conociera a fondo: quizás pensé que podía encontrar algún claro cuerpo abarcador de teoría general. Estaba completamente desconcertado, prevenido por la famosa afirmación de Brian Stagoll: "La teoría es a la terapia familiar lo que la ornitología es a los pájaros". ¡Vi la luz! Había estado buscando en el lugar equivocado: no es sorprendente entonces que me haya sentido tan frustrado.

Un grupo respondió a mi pregunta del modo siguiente: "David es un loco y disparatado terapeuta canadiense que en Nueva Zelanda se transformó en un hombre de confianza, un terapeuta que está tan loco como una serpiente de feria que modifica la conducta de sus pacientes; éstos dejan de sentirse tan acabados como un plato de comida para perros y quedan como un pescado aturdido". (Stagoll, 1983.) Si alguien sospecha que en la redacción de este infamante documento hay alguna influencia de Malcolm Robinson o de Dick Armstrong, no tengo la menor idea de dónde surge semejante sospecha. Mostré mi trabajo a todos mis amigos de Nueva Zelanda y nadie pudo encontrarle sentido. Otro grupo me hizo notar que, aun cuando en cierto sentido yo había desafiado los métodos de tratamiento ortodoxos, por otro lado, había seguido una venerable tradición: la tradición del psiquiatra loco, una tradición sostenida en Australia por profesionales tales como Stagoll, Churven y Rosen que dicen: "Se crea un clima de demencia en el que el terapeuta siente que la solución debe ser aún más loca que el problema".² Supongo que es lo que Whitaker llama una "locura creativa" (1975). Desde entonces seguí esta tradición y creo que se trata de una tradición principalmente subterránea.

Aquellos que asistieron al taller realizado por Barbara Henry, Liz Mackenzie y Michael White³ vieron la eclosión de esta tradición. Fue casi como si condujeran a gente sana mediante la propia locura de ellos. Alguien junto a mí preguntó en voz alta si anteriormente los terapeutas habíamos estado guiando a la gente insana con nuestra salud mental.

La siguiente discusión entre oradores mantenida por Lyman Wynne, Carl Whitaker y Gregory Bateson es uno de los más claros ejemplos de lo que estoy comentando. El debate tuvo lugar después de una presentación hecha por Jay Haley sobre las ideas que perturban a los terapeutas. Wynne

comentó: "Jay también me ha convencido de que yo mismo a veces hago algunas de estas cosas a fin de simplificar la terapia. Uno de los temas que podemos discutir es cómo hacemos para mantener la simplicidad de la terapia, porque gran parte de la diversión estriba en hacerla complicada". Entonces Whitaker señaló: "Yo avanzo un paso más en el sistema de Jay para facilitar las cosas: sugiero que en lugar de suponer que no hay ningún esquizofrénico, es más fácil partir de la idea de que todos somos esquizofrénicos. El único problema es que la mayor parte de nosotros carece del valor suficiente para ser esquizofrénico, salvo en mitad de la noche cuando estamos profundamente dormidos y por la mañana tratamos de olvidarlo". Pero entonces terció en la discusión el gran hombre. Gregory Bateson continuó con lo siguiente: "Lo sorprendente es que algunos de nosotros somos menos esquizofrénicos que otros, pero nos cuesta decidir cómo ocurrió eso". (Bereger, 1978.)

El historiador Michel Foucault en su famoso libro *Historia de la locura* (1967), escribe que durante la Edad Media la locura se consideraba más valiosa y también menos valiosa que la salud mental. Erasmo, el teólogo, consideró que la locura o demencia era "un empleo desorbitado de la ciencia, la verdad del conocimiento absurdo, el castigo cósmico del conocimiento y su conjetura ignorante". A fines de la Edad Media, sostiene Foucault, aparece un nuevo código de conocimiento que provoca en la gente el temor por la dualidad real de la locura y sus mensajes morales identificados con la insensatez. El loco e insano era separado y segregado, situación que se reificó con la relación médico/paciente. La tradición de la tontería sagrada quedó sumergida. Existen otros ejemplos visibles de esto: las enseñanzas Zen, las narraciones sufí, los curanderos-embaucadores de los indios norteamericanos, los bufones medievales, los tontos shakespearianos y, para mí de manera más notable, Milton Erickson.

Partiendo de este pensamiento escindido, creo que puedo caracterizar las dos terapias: (1) las terapias de degradación, o las terapias "misioneras" y (2) las terapias de revalorización o terapias "antropológicas".⁴ Las terapias de degradación se centran en la llamada patología. Practicarlas exige tener alguna idea sobre la perfección humana o familiar o poseer alguna "verdad" filosófica o racionalmente derivada que indicara cuál es la conducta correcta. Garfinkel (1956) describe la ceremonia de degradación de estatus como "cualquier trabajo comunicativo entre personas en el cual la identidad pública de un actor se transforma en algo considerado inferior en el esquema local de los tipos sociales". El paciente debe rendir su identidad ante su mentor terapéutico de antemano, al aceptar la reputación y el prestigio de éste, y admitir la derrota. A fin de justificar este elitismo, el

terapeuta elabora una prueba a la que se somete, para llegar así al estado considerado de perfección. Esta posición entraña el riesgo de inducir al paciente a una condición muy grave caracterizada por Sheldon Kopp (1978) como "narapoia" (que es un anagrama de paranoia). Kopp define ese estado como la errada creencia de que todos están dispuestos a ayudarnos. Recientemente vi un cartel en un aeropuerto: un león tiene clavada una espina en una pata y llega un ratón de la Cruz Roja. En vez de extraerle la espina, el ratón comienza a vendar la pata del león y continúa vendándole el resto del cuerpo. En el último cuadro, el león perplejo ha quedado inmovilizado por las vendas y el ratón de la Cruz Roja sonríe triunfante. Esto me recuerda un cuento: el cuento del topo. Un pequeño topo se acerca a su madre y le dice que no ve. Como la mayor parte de la gente sabe, la vista es un sentido bastante débil entre los topes. La madre de éste decide ponerlo a prueba: coloca ante él un trozo de incienso y le pregunta qué es. "Una piedra", responde el topito. Y la madre le dice: "No sólo te has quedado ciego, también has perdido el sentido del olfato". (Shah, 1964, pág. 17.)

Las terapias de revalorización o terapias antropológicas se basan en la tolerancia y el respeto por la diversidad humana. Y se centran en el cambio y en los recursos con los que se cuenta. Estas terapias no parten de la base de que existe una verdad (en la que el terapeuta es un experto), antes bien tienden sencillamente a llamar la atención del paciente sobre cómo son las cosas y a alentarle a mejorar su vida utilizando el sentido común basado en la experiencia. Resulta curioso que Haley (1973) haya descrito primero el "buen sentido perfecto" de Erickson como una "terapia poco común". ¿Cómo es posible? Las terapias de revalorización son populistas y suponen la responsabilidad y la elección personales. Quienes las practican están dispuestos a sufrir la indignidad de la propia imperfección; algunos hasta parecen disfrutar de ello. Hacer lo contrario sería apartarse violentamente de los goces y pesares de la vida. Desde el punto de vista de la teoría y de la doctrina resultante, quienes practican tales terapias parecen preferir una falta de exclusivismo y sólo aceptan la teoría si consideran que ésta es algo en constante evolución. Las terapias de revalorización se basan en la cooperación antes que en la entrega. La relación hipnótica puede considerarse como el prototipo de esta clase de terapia. Recuérdese que un operador hipnótico no hipnotiza a un sujeto; antes bien el sujeto se hipnotiza a sí mismo en cooperación con el operador hipnótico.

Mi mujer, Ann, estudió hipnosis con Harold Carron, profesor de anestesiología de la Universidad de West Virginia, quien estuvo trabajando en Nueva Zelanda hace algunos años. Este a su vez se había formado con Milton Erickson. Antes de partir, le preguntó a Ann si estaba dispuesta a atender a una mujer ya entrada en años, que él había estado tratando a causa de un dolor en un hombro, e hipnotizarla. Ann palideció y le dijo

que aquello estaba más allá de sus posibilidades. “No”, le aseguró Carron, “venga conmigo”. Le presentó a la señora Jones y luego le pidió a ésta que se pusiera en estado de trance; la mujer lo hizo inmediatamente. Carron la ayudó colocándole una mano en el hombro. Luego la quitó y le pidió a Ann que colocara la suya. La señora Jones abrió los ojos y dijo: “Aprieta más fuerte, querida”; luego cayó en un profundo estado de trance mediante el cual aprendió a controlar el dolor.

Debemos considerar a Erickson como un personaje central de las terapias antropológicas. Havens (1982) sintetizó lo que era la psicoterapia para Erickson:

...la diestra utilización del acopio único que poseen los terapeutas de aprendizajes y observaciones basados en la experiencia a fin de examinar objetivamente la situación y crear así un contexto para un conjunto de experiencias, contexto que debe aprovechar la personalidad, las necesidades, las motivaciones y los aprendizajes únicos del paciente, y ser coherente con ellos de modo tal que lo estimule y capacite para emplear sus propios recursos, a fin de resolver sus problemas del modo más apropiado y eficaz para él. (pág. 47.)

Reemplacen la palabra *paciente* por la palabra *familia* y obtendrán la auténtica terapia familiar antropológica.

Desde la Edad Media los “locos” fueron mantenidos en una esfera subterránea y perdieron toda credibilidad. Ciertamente prevaleció la cordura. Recientemente traté a una jovencita de veinte años y a su familia. La muchacha había coqueteado con la locura, pero después de permanecer algunas semanas en un hospital psiquiátrico había perdido el interés por esos juegos. La chica decía tener una cucaracha domesticada, a causa de lo cual se la había estado sometiendo a psicoterapia orientada a la visión interior. ¡Es verdad! Después de comprobar que los progresos eran demasiado lentos y que la cucaracha no estaba suficientemente articulada, la jovencita le pidió a la jefa de enfermeras tener acceso a una toma de corriente eléctrica, para poder administrarle ECT. Y se sorprendió mucho cuando en realidad recibió doscientos miligramos de Melleril por sus gestiones terapéuticas. Le dije seriamente que un hospital psiquiátrico no tiene tiempo para ocuparse de la locura y que debería conseguir el trabajo de camarera del que me había hablado. Luego le escribí la siguiente carta:

Querida Linda:

He decidido que no puedo reprocharte nada puesto que no he podido encontrar nada malo en ti. Me doy cuenta de que has estado coqueteando con la locura y que ahora ya no lo consideras divertido. También sé que te preocupan las cuestiones y elecciones importantes que debes hacer en tu vida. Creo que tu lucha será más fácil cuando logres el equilibrio entre tu fuerza personal y tu sensibilidad.

Con cariño, D.E.

Si esta tradición subterránea ha de abrirse camino a través de la corriente principal, vamos a tener que reevaluar la locura y recordar la aguda opinión de Brian Cade (1982):

En nuestro carácter de terapeutas hemos sido formados en la seriedad y nos llevó años cobrar conciencia de que la terapia es un asunto serio y que con frecuencia la seriedad es un obstáculo.

Enid Wellsford (1966) en su historia literaria social de la insania escribe:

El loco es un gran liberador de nuestras esclavitudes y la comedia es la expresión del loco (pág. 1).

Y también:

El héroe serio —aquellos eran los misioneros— pone el acento en los hechos, fuerza las soluciones y causa catástrofes, pero el loco, por su mera presencia disuelve los sucesos, elude las salidas y echa dudas sobre la finalidad de lo hecho (pág. 11).

Hermia, en *Sueño de una noche de verano*, confundida por lo mágico y por la proximidad de los locos, se admira:

Creo que veo estas cosas con medio ojo, pues todo parece doble.

Mi padre fue un hombre a quien consideré durante la mayor parte de mi vida atrozmente necio. Constantemente estaba haciendo apuestas y nunca supe que haya ganado alguna: era alguien que había nacido perdedor; nunca pareció ser el que ríe último. Cuando murió, la gente hablaba de él como si se tratara de un santo. Alguien que asistió a uno de mis talleres hace algunos años me escribió luego esto: “Su terapia familiar parece ser una poco ortodoxa y muy excitante partida de ajedrez, durante la cual el terapeuta hace sus jugadas a fin de colocar a la familia en una posición ganadora antes que perdedora. El terapeuta sólo puede lograrlo si hace sus movimientos de acuerdo con la familia en un determinado momento. Es un juego íntimo y desafiante en el cual, con frecuencia, la apuesta es alta y en el que el triunfo de uno es el triunfo de todos”.⁵ Esta carta hizo que yo advirtiera que mi padre se aseguró de que todos ganáramos.

Mi padre tuvo durante la mayor parte de su vida un pequeño bar y restaurante en la calle principal de un pueblito canadiense situado justo frente al cine-teatro. Creo que mi aprendizaje de terapia familiar comenzó cuando empecé a lavar la vajilla del restaurante a los once años. Entraba al bar y salía de allí toda clase de gente, jueces y obreros y muchos, muchos jovencitos, a veces hasta veinte o treinta al mismo tiempo. También iba un tipo de gente muy interesante llamada los “asistentes sociales”; pero lo más importante de todo: iban aquellos que yo consideraba casi miembros de mi familia como el Loco Bill y el Chiflado Dan, Bugsy, la señorita Collins y muchos otros personajes que poblaron mi crecimiento. Hoy puedo caracterizarlos mejor como esquizofrénicos paranoides, maníacos depresivos, etc. pero entonces eran para mí amigos de la familia.

Todos querían, especialmente los muchachitos, que les contaran cuentos y mi padre nunca los defraudaba. Recuerdo que esas historias marcaron mi trabajo más que ninguna otra corriente. He recordado algunas y voy a relatárselas. No hace mucho asistí a un Taller Ericksoniano de Narración y se me pidió que recordara algún cuento. Pensé que sería algo difícil pero me resultó extremadamente fácil. Me vino a la memoria un cuento que (ahora me doy cuenta) me habrá sido relatado doscientas o trescientas veces, puesto que constantemente yo le pedía a mi padre que me contara la misma historia, que es la siguiente:

Mi padre había nacido en un barrio de una gran ciudad canadiense y como era habitual en esos barrios, la familia tenía un cobertizo en los fondos de la casa, en el cual criaban gallinas, seis gallinas. Mi padre era quien se ocupaba de recoger los huevos todos los días y de cuidar de ellas. Un día se dio cuenta de que la producción de huevos se había reducido drásticamente. Decidió consultar a su hermano mayor, Eddy, y le preguntó si éste tenía alguna idea de la razón por la cual la producción se había reducido tan rápidamente. El hermano mayor, sabiamente, le preguntó: "Has alimentado a las gallinas como corresponde?" Mi padre respondió: "Sí, sí, las alimenté como siempre". "¿Les diste la misma cantidad de alimento que les das habitualmente?" "¿Quizás estén cluecas?" "No, están completamente normales". Finalmente, el hermano mayor dijo: "Bien, lo que debes hacer es esconderte y observar qué ocurre". De modo que mi padre se escondió en el cobertizo y observó. Evidentemente el consejo del hermano resultó bueno, pues el hijo de los vecinos de al lado llegó y se llevó los huevos. Quiero que sepan que al llegar a este punto, mi padre siempre insistía en llamarme la atención sobre el hecho de que el muchachito pertenecía a la familia de los vecinos de al lado que había estado enemistada con la familia de mi padre durante años. Y se trataba de una profunda enemistad. En realidad mi padre no supo qué hacer, de modo que volvió a consultar a su hermano mayor: "Bueno, este chico de la casa de al lado, con el que estamos peleados, fue quien robó los huevos". El tío Eddy le dijo entonces a mi padre que debía esconderse nuevamente y sorprender al vecino cuando éste robara los huevos. Mi padre se escondió nuevamente, pero en lugar de hacerlo dentro del cobertizo, lo hizo afuera. Y vio al muchachito, cuya familia tenía una vieja enemistad con la familia de mi padre, guardarse los huevos en los bolsillos. Cuando mi padre lo vio salir del cobertizo, se le acercó y le dijo: "¡Eh, tú, te has robado nuestros huevos!" El muchachito, como era de esperar respondió: "No, yo no fui". Entonces mi padre le dijo: "Bien, déjame pues que te registre". Y comenzó a palmearlo por todo el cuerpo y con particular fuerza cuando pasaba las manos por los bolsillos. "Tienes razón, tú no fuiste. Siento muchísimo haberte acusado erróneamente y quisiera ser tu amigo." Y mi padre siem-

pre me contaba: "¿Sabes?, desde entonces nos convertimos en los mejores amigos y si alguien se enfermaba en mi familia, ellos nos traían platos especiales y lo mismo hacíamos nosotros con ellos".

Mi forma de encarar el problema de los robos es otro ejemplo que procede directamente de cómo mi padre me enseñó a ser honesto... les contaré cómo ocurrió. Un día, cuando tenía ocho años aproximadamente, le robé 50 centavos a mi padre. El se me acercó y me dijo: "Perdí 50 centavos. ¿Podrías ayudarme a encontrarlos?". Nerviosamente le respondí: "Oh, sí, sí, te ayudaré". El continuó: "Bien, busca tú en el lavadero y yo buscaré en el taller, luego nos encontraremos en la cocina". Hice lo que me indicaba y regresé. "¿Los encontraste?", me preguntó. "No", le respondí. "Bueno, de acuerdo, seguiremos buscando. Tú, ve al jardín del fondo y yo iré al del frente; luego nos encontraremos en la cocina". El se fue a buscar en el jardín del frente, yo fui al jardín del fondo y luego nos encontramos en la cocina. Él volvió a decirme: "Bueno, ahora busca en tu dormitorio y yo buscaré en el mío y luego nos encontraremos en la cocina". Al encontrarnos, me preguntó: "¿Y? ¿Los encontraste?" Y yo le respondí con alivio: "¡Sí, los encontré!" Él me respondió: "Oh, gracias, gracias". Al día siguiente se me acercó y me dijo: "¿Sabes qué? Volví a hacerlo. Volví a perder algo de dinero. ¿Quisieras ayudarme a encontrarlo?" Volvimos a seguir toda la misma secuencia hasta que finalmente él fue a buscar a su dormitorio y yo al mío. Sobre mi almohada había quince centavos. Fui a la cocina y le dije: "Mira, los encontré". Mi padre me dijo: "Realmente eres un buen buscador, ¿por qué no te los quedas?" Yo dije: "Bueno, gracias, gracias". Esto volvió a ocurrir todos los días de aquella semana y cada vez mi padre se mostraba más turbado por su descuido. De esta experiencia surgieron dos aspectos muy interesantes. Uno es que hoy soy honesto como el que más, pero el otro aspecto, que considero aun más importante es que creo que soy un buen descubridor. Aun hoy, si Ann pierde algo, yo le digo, que se relaje, que se siente, y que espere tranquila pues yo se lo voy a encontrar; y lo encuentro.

También quiero contarles algo sobre algunos momentos decisivos de mi vida profesional. uno de esos puntos claves fue mi primer caso, que se presentó cuando aún estudiaba yo asistencia social en la Universidad de Warwick de Coventry. Se trataba de una joven rebelde de 13 años que había intentado suicidarse. Por entonces yo estaba trabajando en la Coventry Child Guidance. Hice los arreglos correspondientes para visitar a la niña en su casa inmediatamente después de que ella regresara del hospital. La familia vivía a unos treinta y cinco kilómetros del campus de mi universidad y yo sólo poseía una bicicleta sin caja de velocidades. Llegué a la puerta de la casa de los Brown cargado de las mejores intenciones terapéuticas. Me presentaron a la jovencita, quien me miró acusadoramente

mientras exhibía dieciocho cortes de hojitas de afeitar en cada muñeca. y me dijo: "¡Es tu culpa!". De una de las heridas caían unas gotas de sangre. La madre se acercó a la puerta y evitó que yo me desvaneciera. Palidecí y tuve que hacer un gran esfuerzo para mantener el porte profesional que exigía la situación. Con valentía insistí en que debíamos iniciar la terapia familiar. De modo que le pregunté a cada miembro de la familia cuál era el problema. Comencé con los hermanos mayores. Estos empezaron a hablar conmigo, pero muy pronto se dejaron ganar por una gran excitación, salieron de la habitación, se dirigieron al piso superior y allí se pusieron a saltar arriba y abajo. El cielorraso rechinaba. Yo había leído todos los libros, pero ninguno decía nada de todo esto. Después de un buen rato, el señor y la señora Brown insistieron en colocar mi bicicleta en el automóvil y llevarme de vuelta al campus. Cada tres semanas volvían a llamarme y seguí visitándolos unas cinco o seis veces más; es decir hasta que los Brown sintieron que yo ya me había afirmado en mi entrenamiento de terapia familiar. Era evidente que ellos habían hecho un pacto para no perturbarme y ciertamente hicieron mucho más que eso. Seis meses después, el señor y la señora Brown me invitaron a la fiesta que organizaban para festejar sus bodas de plata. Estaba realmente ansioso por asistir, pues siempre había querido demostrarles mi aprecio con un regalo. De modo que compré una botella de un buen vino y le coloqué una tarjeta que decía: "Muchas gracias por haberme ayudado". Me sentí verdaderamente confuso cuando los Brown me sorprendieron con una botella de vino que tenía adherida una tarjeta con la siguiente leyenda: "Gracias por ayudarnos". Aún hoy me cuesta comprender lo que pasó, pero esa historia constituyó un punto decisivo de mi carrera, aun antes de que ésta hubiera comenzado.

Otro punto decisivo fue aprender a aceptar con más valentía los síntomas. Utilizaré esta palabra aun cuando posiblemente Brian me acuse de cometer la falacia lógica de cristalización mal colocada. Pero he aquí una de las tantas historias:

Jason, de 15 años, debía ser colocado bajo custodia del Estado ante el urgente pedido de su madre divorciada. La señora T tenía además dos hijas, de siete y cinco años. Un colega ya había entrevistado a la señora T y a Jason. La madre se quejó de que Jason orinaba a sus hermanas cada vez que éstas se estaban bañando. La señora T ya había consultado a un psicoterapeuta a causa de este problema y éste le había aconsejado que ignorara la cuestión. Sin embargo, la señora T ya no podía seguir soportando el comportamiento de su hijo y consideraba que Jason estaba tan loco que ni siquiera un psicoterapeuta eminente podía curarlo, de modo que sentía que era bastante justificable pedir que alguna otra persona o institución se hiciera cargo de él. Escribí la siguiente carta y se la envié inmediatamente a Jason:

Querido Jason:

Gracias por haber compartido unos días tu experiencia conmigo. Me pareció muy interesante que orines a tus hermanas cuando éstas se están bañando, pues tu caso puede resultarme de gran utilidad. Precisamente en tu escuela me pidieron que haga una lámina sobre las formas posibles de ahorrar energía para exponerla la semana próxima. La lámina dirá: "¡Ayuda a ahorrar agua! ¡Dúchate bajo un amigo!" Para ello necesito obtener una fotografía del momento en que orinas a tus hermanas. De modo que le dejé mi cámara Polaroid a tu mamá para que tome esa fotografía la próxima vez que lo hagas. Ella me avisará cuando ya tenga la fotografía. Estoy seguro de que puedo contar con tu cooperación y de que tus hermanas estarán muy orgullosas de ti.

Sinceramente, D.E.

La idea tendía a provocar un acercamiento directo entre Jason y la madre. El resultado fue que, según me comentó la señora T, "Jason ya no parece interesado en volver a hacerlo y además se está comportando mucho mejor". Jason aparentemente empezó a sentirse más feliz en su casa, aunque luego la señora T volvió a pedir el asesoramiento de mi colega pues el muchacho estaba teniendo problemas en la escuela.⁶

También me confirmaron en esta tradición Angela Taranto, Fred Seymour, mis colegas del Leslie Centre de Auckland y mis visitas a Australia que comenzaron con el Congreso de Melbourne de 1981. En ese congreso y en otros posteriores tuve oportunidad de conocer a psiquiatras "locos" tales como Geoff Dean, Malcolm Robinson, Kerry Callaghan, Moshe Lang, Liz Roberts, Dick Armstrong, Graham Martin, Ray Hawkes, Andrew Firestone y muchos otros. Pero con Ann y con Michael White tengo una deuda; hasta hoy no sé muy bien dónde comienza y dónde termina dicha deuda.

Me gustaría terminar esta charla con un relato sufí que refleja una de las mejores teorías del cambio que conozco:

Cuando era estudiante me acerqué al mayor maestro de su época y le dije: "Sólo sé comportarme como un animal; por favor, ayúdeme a convertirme en un ser humano". El maestro me hizo un gesto afirmativo con la cabeza y durante dos años lo serví en su casa esperando una señal de enseñanza. Pasado ese tiempo, fui a ver a otro hombre sabio y le pregunté cómo podía lograr un mayor acercamiento con mi maestro y aprender de él. El hombre sabio me respondió: "Buscas un elixir y yo te lo daré. Llévate este líquido incoloro y una vez por día colócale una gota en la comida a tu maestro. Simultáneamente asegúrate de servirlo y de hacer todo lo que él te diga, sin tratar de encontrar significaciones en sus actos ni de emplear ardides en las conversaciones". Hice lo que el sabio me había dicho y al cabo de un mes descubrí que había desarrollado ciertas percepciones y cierta comprensión. Regresé a casa del hombre que me había entregado

el elixir y le dije: "¡Bendito seas! No hay dudas de que el elixir ha obrado, pues he progresado mucho y ahora puedo hacer cosas que antes me resultaban imposibles". El me preguntó: "¿Y por eso has regresado?" Yo respondí: "Y también para que me des un poco más del elixir mágico, pues el que me diste antes ya se acabó". Con una sonrisa el sabio me respondió: "Ya puedes dejar de administrarle a tu maestro gotas de agua ineficaz, pues sólo eso es tu elixir, y continúa manteniendo el comportamiento especial que te prescribí". (Shah, 1981.)

Notas

1. Creo advertir cierta semejanza con el trabajo de Michael White.
2. De la transcripción no publicada de mi presentación realizada en la Escuela de Vera-no Williams Road en 1983.
3. Barbara Hery, Liz MacKenzie y Michael White, de la Unidad de Terapia Familiar del Hospital Psiquiátrico de Glenside, Adelaida, "Family Therapy in a Psychiatric Setting", Brisbane, 1983.
4. Tomé el concepto de oposición entre "misionero" y "antropólogo" de Dammann (1982).
5. Correspondencia privada con Kathy Torpie, de la Clínica para Niños y Adolescentes Papakura, Auckland.
6. Agradezco la colaboración de Roy Rollingson y Marianne Quinn.

Referencias bibliográficas

- Berger, M., (comp.), 1978, Análisis sobre 'Ideas that Handicap Therapists', en *Beyond the Double Bind*, Brunner/Mazel, Nueva York.
- Cade, B., 1982, "Humour and Creativity". *Journal of Family Therapy*, 4, págs. 35-42.
- Dammann, C. A., 1982, "Family therapy: Erickson's contribution." En Zeig, J. K. (comp.) *Ericksonian Approaches to Hypnosis and Psychotherapy*, Brunner/Mazel, Nueva York.
- Foucault, M., 1967, *Madness and Civilization*, Tavistock, Londres.
- Garfinke, H., 1956, "Conditions of successful degradation ceremonies." *American Journal of Sociology*, 61, págs. 420-424.
- Haley, J., 1973, *Uncommon Therapy: The psychiatric techniques of Milton H. Erickson, M. D.*, W. W. Norton, Nueva York.
- Havens, R., 1982, "Traditional delusions vs Ericksonian realities." *Journal of Systematic & Strategic Therapies*, 1, 4, págs. 45-49.
- Kopp, S., 1978, *An End To Innocence*, MacMillan, Nueva York.
- Shah, I., 1964, *The Sufis*, Doubleday, Garden City, NY.
- Shah, I., 1981, *The Magic Monastery*, Octagon, Londres.
- Stagoll, B., 1983, "Review of the 1983 Williams Road Summer School." *Australian Journal of Family Therapy*, 4, 3, pág. 203.
- Wellsford, E., 1966, *The Fool: His social and literary history*, Peter Smith, Gloucester, MA.
- Whitaker, C. A., 1975, "Psychotherapy of the Absurd: with a special emphasis on the psychotherapy of aggression." *Family Process*, 14, 1, págs. 1-16.
- Wilmut, R., 1980, *From Fringe to Flying Circus*. Methuen, Nueva York.

26 La nueva autobiografía de Cheryl-Anne*

Cheryl-Anne era una niña encantadora de 13 años que había sido abandonada por sus padres, junto con sus cuatro hermanos mayores, cuando tenía sólo ocho meses. Por entonces, la hermana mayor tenía once años. Desde el abandono Cheryl-Anne había pasado (generalmente en compañía de sus hermanos) por veintidós sitios diferentes de adopción establecidos por el Departamento de Bienestar Social. Se me informó que la niña se había sentido sumamente confundida cuando, al pedir un certificado australiano de nacimiento, se enteró de que la fecha oficial de su nacimiento era dos días anterior a la que ella siempre había considerado y celebrado como su cumpleaños. La niña parecía muy preocupada porque "ya no soy quien era". Me enterneció esta incertidumbre de Cheryl-Anne y ambos coincidimos en que ya era tiempo que escribiera su autobiografía.

En el capítulo I, confesó que creía que si no hubiera sido por ella y por lo difícil que resultó como bebé, los padres no hubieran abandonado a los demás hermanos. Si ella no hubiera nacido, los hermanos y hermanas habrían podido disfrutar de los cuidados de la madre y el padre. Le pregunté cómo había llegado a semejante conclusión. Cheryl-Anne me contó que una hermana, que ya tenía 16 años, se lo había dicho durante una disputa que ambas mantuvieron cinco años antes. Al contarme esto la niña no se mostró en absoluto sentimental, sino que lo hizo como si mencionara un hecho objetivo.

Le pregunté entonces por qué razón suponía que había sido "un bebé con dificultades". Me respondió que aún era muy joven para decirlo con certeza, pero que suponía que debía berrear, llorar, aullar, ensuciarse y mojar su ropa con tanta frecuencia que los padres terminaron por considerarla insufrible. Reflexioné sobre estos comentarios algunos minutos y le dije: "Quiero discutir este asunto en profundidad contigo, ¿crees que po-

*Publicado en *Australian Journal of Family Therapy*, 4, 4, 1983, págs. 259-261.